
Compran «bolitas» al precio de «gallina muerta»

Roberto Navia Gabriel

Todo es real. Hay explotación laboral, trata de personas y reducción a servidumbre. Hay retención indebida de documentos, niños trabajando, promiscuidad sexual y tuberculosis. También hay jornadas de trabajo que duran más de veinte horas al día, salarios miserables a cambio de un cuartucho, un raquítico plato de comida y, sobre todo, hay muchas máquinas de coser.

Todo ello ocurre a diario y sin frenos en los cientos de talleres de costura clandestinos, camuflados en casas de familia, que operan de lunes a domingo en las ruidosas ciudades de São Paulo y Buenos Aires que aterran a los miles de bolivianos que, sentaditos en las máquinas de coser, están siendo sometidos a un sistema de esclavitud que no es un secreto y que ya no avergüenza a ninguna autoridad, a no ser que uno de los tantos desgraciados muera trágicamente.

Las víctimas son los bolivianos pobres y desempleados que sobreviven en los rincones olvidados del país. Pero también son bolivianos sus verdugos que ejecutan técnicas persuasivas para arrancarlos de sus lugares y llevarlos con engaños a esas tierras lejanas donde, en vez de llamarlos por sus nombres, les dicen «los bolitas», y donde los encierran para que costuren cientos de prendas de vestir, desde las siete de la mañana hasta las dos o tres de la madrugada del día siguiente.

Los consulados que Bolivia tiene en ambas ciudades revelan cifras aterradoras: de más de un millón de inmigrantes bolivianos, muchos viven bajo este régimen en Buenos Aires. Lo mismo sucede en São Paulo, donde hay cerca de 80.000 inmigrantes. Como es de suponer, esto lo saben las autoridades en Bolivia, pero también lo saben sus pares en Brasil y Argentina, la Iglesia católica y también la policía. Pero el viaje de tres semanas que hice a Sao Paulo y a Buenos Aires, no sólo sirvió para escuchar a esas fuentes oficiales, sino, y sobre todo, para meterme en el «estómago de la bestia», es decir, internarme en la vida de esos hombres y mujeres, aquellos morenitos de baja estatura, livianitos de peso y de cabeza gacha, para comprobar y escuchar sus historias y también las historias de los dueños de los talleres y descubrir cómo se origina y cómo crece y se fortalece ese tráfico de «carne humana», cuyo movimiento económico, por ser tan grande, nadie ha podido medir todavía.

La persona que me ayudó a ganar la confianza de los involucrados, de los buenos y de los malos de esa película de terror, fue Charly—su nombre es Marco Antonio Hinojosa (62)—, aquel hombre que con el paso de los años dejó de parecerse físicamente a la estrella hollywoodense de los ochenta, Charles Bronson, para ahora asemejarse al expresidente brasileño Luis Inácio Lula da Silva.

«Quiero que cuenten todo a este periodista que vino de Bolivia», les decía con su voz imperativa y ronca a los bolivianos que habían sido rescatados de aquel mundo sin Dios, como ellos lo llaman. A Charly lo respetan porque él les ayuda a tramitar ante el Consulado sus documentos de radicación y en detectar y llevar al hospital a los compatriotas con síntomas de desnutrición y de tuberculosis. Es decir, a aquellos que tienen un pie en la tumba.

Una treintena de testimonios revela que fueron reclutados con engaños en Bolivia a través de anuncios que se emiten por radio, prometiéndoles vivienda, alimentación como a la gente, un

paraíso envidiable y un jugoso sueldo de 300 dólares por trabajar ocho horas diarias. Pero nada de eso se cumple. Cuando llegan a la ciudad les quitan sus documentos y les dicen que no salgan a la calle porque la Policía Federal odia a los inmigrantes y que los llevarán a la cárcel. Les dan la triste noticia de que la paga no será por mes, sino por prendas, entre 0,10 y 0,30 centavos de dólar por cada costura; y les recalcan que no recibirán ningún sueldo hasta que no terminen de pagar el pasaje que les costearon desde Bolivia.

Al pasar por la casa número 404 de la rúa (calle) Cajurú en el barrio Belén de São Paulo, me saluda temeroso un muchacho de 25 años con traza de costurero (tiene la misma pinta que los otros compatriotas que entrevisté días y horas antes). Parado detrás de las rejas de fierro de esa vivienda, dice que se llama Ríder Mamani Limachi y que es de La Paz. Era la una de la tarde de un acalorado sábado de junio y el boliviano empezó a quejarse de que no podía salir de esa casa porque su patrón se había llevado la llave, que siempre que se ausenta hace lo mismo porque no quiere que sus empleados salgan y porque desconfía que le vacíen la casa donde funciona el taller de costura. «Sólo si me duele mi muela, le digo que tengo que ir a hacérmela sacar», comenta, resignado.

A Yenny Mendieta (23) la encontré refugiada en la Pastoral del Migrante de la rúa do Glicério 225. Vomitó una historia que dice que necesita olvidar. Ella salió embarazada de La Paz hace un año y medio hacia São Paulo con el nombre de Zulma y su marido Limberg Nogales (24) como Teodoro. De los apellidos ya ni se acuerdan porque dicen que eran raros.

A finales de 2004 fueron tentados por un anuncio radiofónico que escucharon en la ciudad de El Alto, para viajar a Brasil como costureros. Se contactaron con un tal Eduardo, que les prometió una vida con mucho futuro. «Empezaron a suceder cosas raras desde un comienzo», recuerda Yenny Mendieta. La mujer se refiere a los carnés que le entregó Eduardo a ella y a su marido, los que en realidad pertenecían a otras personas. Los nombres eran ajenos y también las fotos. «Pero esa gente extraña se parecía a nosotros», afirma con una voz que a cada minuto baja de volumen. «Se notaba que los otros también tenían hambre», dice.

Recuerda que el primer día de trabajo fue tal como habían convenido en Bolivia, pero después les exigían que se queden hasta la una de la madrugada y luego hasta las dos. Después resultó que no les darían sueldo hasta que paguen los 180 dólares que habían gastado en los pasajes de cada uno, pero nunca terminaban de cubrir esa deuda.

En realidad, aclara, solamente salió una vez de esa casa cuya dirección nunca pudo memorizar, horas antes de que su bebé patalara para salir de su vientre. La llevaron caminando y escoltada por dos hombres a un hospital que quedaba a seis cuadras del taller. Dio a luz un viernes, a su hijo lo llamó Ayrton (igual que al corredor de Fórmula 1 de apellido Senna); el sábado volvió a su centro de reclusión, descansó el domingo y el lunes ya estaba de nuevo sentada al lado de su máquina de costura.

«El tal Eduardo me reñía cuando me levantaba para dar de chupar a mi bebé, es por eso que lo crié con mamadera, porque el patrón dijo que prefería darme un vale de 20 reales para la leche. El mismo iba a comprarla porque yo tenía prohibida la salida».

Cuando terminaron de pagar la «deuda», el marido de Mendieta logró que le den permiso para salir un sábado en la tarde. Se encontró con otros bolivianos y visitó sus casas y en una de ellas escuchó a través de una radioemisora conducida por bolivianos que aconsejaban que no tengan miedo a la policía y que podían caminar por las calles de São Paulo. «Fue como despertar. Nos dimos cuenta que habíamos estado encerrados 10 meses», dice Mendieta y muestra una sonrisa

que la tenía archivada desde que salió de Bolivia, escapando del desempleo, pero que, como sucede con miles de bolivianos, lamenta que se encontró con una vida de perros.

Ellos agachan el lomo y otros disfrutan los billetes

Los bolivianos son los que hacen el gasto físico y sus patronos y los patronos de éstos —que en muchos casos son ciudadanos coreanos— son los que se llevan las ganancias. Autoridades consulares y de Derechos Humanos revelan que en la cadena de explotación un costurero gana entre diez y treinta centavos de dólar por cada prenda, el dueño del taller recibe dos dólares o tres del propietario de la mercadería, que es el que le encarga que le confeccione miles de prendas y éste las vende a los mercados y *boutiques* en por lo menos veinte dólares. La cooperativa La Alameda y la Unión de Trabajadores Costureros de Buenos Aires, revelan que afamadas marcas de ropa de primer nivel se valen de este sistema de explotación para obtener fabulosas ganancias a costa de la servidumbre de los «bolitas» que son comprados a precio de gallina muerta.

Texto publicado en *El Deber* de Bolivia el 22 de julio de 2006.